

## Discurso cuarta promoción de la UNEY

Escribo estas palabras en mi casa oyendo la lluvia que cae desde hace horas sobre la ciudad, pero también a Astor Piazzolla haciendo un homenaje a los grandes bandoneonistas que lo precedieron y cuya versión en vivo acabo de encender procurando cierta inspiración para mi trance discursivo. “Caprichos de gente caprichosa”, diría un amable viejo en una inolvidable película de José Luis Guerín.

Como en otras ocasiones, pienso que debo decir en el acto de graduación algunas cosas relativas al rol de las universidades en estos tiempos de crisis y de cambios, así como también compartir con los graduandos, con sus familiares y amigos, con los padrinos, con nuestros docentes e invitados, ciertas reflexiones que desde la UNEY hemos venido elaborando para contribuir con la transformación de la educación superior en Venezuela.

Decir, por ejemplo, que estamos obligados a avanzar urgentemente hacia esa transformación, so pena de perecer como universidades auténticas y críticas, innovadoras, científicas y humanísticas de verdad; o decir también que sin una revisión profunda de lo que hemos hecho para superar el vetusto modelo corporativo y elitescos que consagra la vigente normativa jurídica venezolana, no vamos para ninguna parte y que nos quedaremos, como suele pasar, en la retórica o en la simple declaración de principios.

Podría, además, agregar con orgullo precisas referencias a acciones de la UNEY que, pasando por encima de cierta incultura académica imperante, desafían prácticas burocráticas, inaplicables reglamentos, leyes preconstitucionales y, sobre todo, formalidades impuestas por intereses de gremios o de claustros poco inteligentes. Podría añadir que dichas acciones, por su audacia y aliento crítico, abren una vía para la discusión o para el diseño de nuevos modelos en la búsqueda incesante del conocimiento, en la incorporación de otros saberes, en el diálogo fecundo con la tradición y con la calle, en el cumplimiento de un deber sustentado en la necesidad de justicia social o en la valoración de los talentos al margen de diplomas y curricula.

Podría decir eso y más. Sin embargo, creo que también es oportuno cederle la palabra a los afectos más que a las razones (aunque los afectos también lo son: son razones de amor, como acabo de escucharle a Piazzolla) y comenzar así a hablar con la emoción de quien siente que estos actos académicos deben ser también momentos y espacios para ejercer la más bella y noble virtud del ser humano: la gratitud.

Agradeceré, entonces, a ustedes, los graduandos, nuevos profesionales de las “Ciencias del Deporte” y de la “Ciencia y Cultura de la Alimentación”, por la confianza en su universidad (una universidad que se precia de inventora y de pisar terrenos movedizos, lo que en algunos genera incertidumbre). También por la alegría, el entusiasmo, la paciencia, la crítica, el respeto, y en general, por la excelente conducta mantenida a lo largo del pregrado. Podría decirles, como le dijo Rainer Maria Rilke a un joven poeta, estas palabras que ahora sólo retoco para trasladarlas al plural: “Todos mis deseos están dispuestos a acompañarlos y mi confianza está con ustedes”.

Podría también añadir después del agradecimiento y el augurio, una información que les atañe: nuestra relación continuará. El egresado, como es obvio, ya no es alumno, pero la universidad sigue siendo su casa y también su ámbito para actividades de extensión y de investigación, postgrados y cursos, en los cuales esperamos contar con ustedes. Esta cuarta promoción se produce precisamente en momentos en que la UNEY inicia un programa de vinculación permanente con sus egresados, programa que abre la perspectiva de una labor social universitaria que tendrá en ustedes a sus protagonistas estelares, por el aporte de la experiencia que pronto van a adquirir en la calle, confrontando valores humanos con realidades.

Siguen sonando la lluvia y Piazzolla, quien ahora interpreta su “Invierno porteño”, en una versión para bandoneón y camerata que aspiro concluya con el preanuncio jubiloso de la primavera para que en el tono personal que se me ha impuesto en la redacción de estas líneas, pueda afirmar, de nuevo con Rilke, que el conocimiento y la alegría son indisolubles. Debe serlo, sin duda, no sólo para quien recibe la enseñanza, sino también para quien la oficia.

Pienso, así, que es dable agradecer también a los docentes de la UNEY, por el esfuerzo, por la compañía, por el estímulo, por la capacidad para desaprender algunas cosas y emprender la ruta fascinante de la integralidad de la cultura. Asimismo, por privilegiar los valores y navegar a contracorriente de un entorno que menosprecia a la inteligencia y le rinde tributo a lo mediocre; por el inmenso aporte que desde sus aulas o desde sus lecturas, investigaciones y preguntas, le han hecho a la UNEY, en pro de ella, de sus estudiantes y de la sociedad; en fin, por un trabajo muchas veces silencioso que nos permite compartir con merecido orgullo la

celebración de esta tarde. Agradezco a los profesores que hoy pueden congregarse bajo el nombre de un padrino, que no sólo lo es de alumnos, sino también de muchos de sus colegas, por ser dignos compañeros de Carlos Gazui, honra y prez de esta universidad.

Puesto a convertir el final de este acto en una especie de acción de gracias, creo que debo incorporar dentro del costado nostálgico de este momento (ese “nostos” que nos acompaña siempre que vamos a iniciar un viaje, por más alegres que estemos) algunas imágenes amables que estoy seguro no me llegarán sólo a mí (que no me voy), sino sobre todo a ustedes, que sin irse del todo -por lo que ya quedó dicho-, se alejan del cotidiano decurso de la UNEY. Cada quien tendrá las suyas. Yo propondría a los graduandos que hagan el juego de convocar esas imágenes en este momento y agradezcan la presencia de ellas en su memoria, así como alguna sencilla lección entrañable que hayan recibido de las mismas. Estoy seguro de que hallarán el nombre de algún chofer, el rostro de un empleado, el viaje hecho a otra ciudad para asistir a una jornada académica, el gesto solidario de alguien, algún trance difícil del que se salió con esfuerzo y con la ayuda oportuna de algún compañero o de algún docente, pero también y, sobre todo, ese curriculum, por fortuna no formal de nuestra casa de estudios: la conferencia de cierto célebre visitante, alguna escena de una película proyectada por Paco, el paso por el aula de un entrenador famoso, un foro (entre muchos), acerca de un tema tratado de modo novedoso y ágil, una jornada deportiva, un encuentro casual con la poesía o con la música, o uno de los muchos momentos culturales o deportivos a los que asistieron o no (pero de los que con seguridad tuvieron alguna referencia o alguna sospecha), el descubrimiento en la biblioteca de un libro no recomendado por el profe... Y además de eso, algunos instantes menos precisos, pero no por ello menos evocables: una mirada sorprendida ante un árbol del Ciepe o de Guama o un recorrido por las calles de ese noble y bello pueblo yaracuyano... También esas imágenes o esos recuerdos integran la experiencia formativa que hoy culminan, porque la universidad no sólo fue aula de clases. Fue (y es) un ambiente que hemos ido haciendo entre todos, a diario, con nuestras penurias y nuestro bastimento, con nuestras grandezas y nuestras limitaciones. Ese ambiente también les pertenece.

La persistente memoria acostumbra atesorar imágenes y hacerlas entrañables. ¿A quién agradecer por eso? Por supuesto, al dios o a los dioses que cada uno tiene, a las personas que las hicieron posibles (incluidos los familiares que acompañan a los nuevos licenciados) o a las cosas mismas a las que, como se sabe, podemos darles vida si queremos.

La lluvia no ha cesado. No sé si lo escrito a ritmo a Piazzolla (que en este

momento concluye su paseo por las estaciones porteñas) va a funcionar como discurso. Lo cierto es que debo dejar este borrador hasta aquí y ver después cómo lo arreglo. Al fin y al cabo, los discursos de orden propiamente dichos me parecen, en el fondo, una impropiedad para ocasiones en que lo importante es festejar y agradecer. Ya hemos hecho lo segundo y ahora, después de escuchar el Gaudeamus de nuestra vieja liturgia académica, comenzarán ustedes a hacer lo primero, con sus amigos, compañeros y seres queridos.

Es el prelude de una etapa en sus vidas que les descubrirá muy pronto que su formación no ha terminado, pero que lo obtenido hasta hoy ha sido un abono indispensable para seguir creciendo.

Les auguro mucho éxito en el camino que ahora inician.

Como lo invoca una vieja plegaria: "¡Que el señor los despierte siempre alegres y les de conocimiento!"

Freddy Castillo Castellanos - rector